

MI CRUZ DE INVIDENTE

Un lustro se ha cumplido desde la noche aquélla
En la que de mis ojos Dios apagó la luz,
Brilló en mi una esperanza como fugaz estrella,
Mas se extinguió en seguida y en mi quedó la huella
Que convirtió mi vida en una dulce cruz.

Ya no pisa mi planta sobre la verde alfombra
De tantas ilusiones que la mente soñó,
Por nada de esta vida mi espíritu se asombra,
He muerto para el mundo y Dios ahora me nombra
Humilde Cirineo del que en la Cruz murió

Mi cruz es muy pesada vista con ojo humano
Y es muerte anticipada de sombras por doquier,
Pero bendigo al cielo que me hizo ser cristiano
Y comprendo que el mundo es despreciable y vano
Mientras que en mis tinieblas con fe ¡se puede ver!

“Yo soy la luz del mundo” —dijo Jesús un día—
Y sus palabras siempre de vida eterna son,
No habrá nunca tinieblas cuando El mis pasos guía,
Siguiéndole, mi vida nunca estará vacía
Y El llenará con creces la sed del corazón.

No me atrevo a decirle: “¡Señor, Señor, que vea!”,
—Así un ciego le dijo un día en Jericó—
Mi alma con Dios unida sólo su Amor desea,
La voluntad divina que en mi cumplido sea
Besando agradecido la cruz que Dios me dió.

La cruz de mi ceguera del cielo es un aviso
Para que piense sólo en la VIDA de verdad,
Vivir en cruz con Cristo, es dulce paraíso,
Y pues sobre mis ojos El ponérmela quiso
Es para darme gloria por una eternidad.

Ya será para siempre la cruz mi compañera
Y quiero, sí, abrazarla con amor sin igual,
El mejor Cirineo de Cristo ser quisiera
Llevándole fielmente y gozoso hasta que muera

Yo sobre mi sepulcro gozoso escribiría:
“Yace aquí un sacerdote que vivió de la fe,
Supo llevar con garbo su cruz de cada día,
Cuanto más ciego fuera, por dentro más veía...
Creyó y amó en la tierra ¡y ahora en el cielo VE!

Rufino VILLALOBOS BOTE, Pbro.

